

Doncella de Orleans* <https://ideaswaldorf.com/tag/canon-4/>

MATINAL-HISTORIA <https://ideaswaldorf.com/tag/periodos/>
Clase 8 <https://ideaswaldorf.com/tag/acordes/>

①

Natalia Gómez

1. De Lo - re - na es don - ce - lla de es - pí - ri - tu va - le - ro - so. Don__
2. Al Del - phin hi - zo co__ rō - nar y fue Car - los sép ti - mo.

4

ce - lla de Or - le - ans. El Ar - cán - gel Mi - ca - el, guí - a sus pa - sos. Don__
lle - vó a la vic - to__ ria a los fran - ce - ses.

8

ce - lla de Or - le - ans. Y en - tre ple - ga - ria y gue - rra sus dí - as trans - cu - rren. Don -
Fue cap - tu - ra - da, fue sa - cri - fi - ca - da en la ho - gue - ra.

12

ce - lla de Or - le - ans, gran - des pro - e - zas ha - ce, sier - va de Dios. Don -

16

ce - lla de Or - le - ans, Don - ce - lla de Or - le - ans, Don - ce - lla de Or - le - ans.

*Canon a 5 voces

JUANA DE ARCO

PERSONAJES

Juana de Arco

Tibaldo: padre de Juana

Louison y Margot: hermanas de Juana

Raimundo: pretendiente y amigo de Juana

Pretendientes de las hermanas, sólo aparecen, no hablan (podrían ser los relatores)

Beltrán: aldeano

Carlos: delfín de Francia, futuro rey

Dunois: bastardo de Orleans, amigo del delfín Carlos

Isabeau: madre de Carlos, el delfín.

La Hire: oficial del delfín

Lionel: caballero inglés

Talbot: caballero inglés

Duque de Borgoña: traidor de Francia

Caballeros

Soldados

Guardias

Obispo Cauchón

Jueces 1, 2 y 3

Pueblo.

Introducción

Relator 1: Son tiempos de caos. Durante más de tres cuartos de siglo los ingleses dominaban Francia y los ejércitos franceses estaban tan desmoralizados que preferían huir antes que luchar contra los ingleses. En ese entonces Francia e Inglaterra habían firmado un acuerdo en el cual Francia quedaba traicionada y era entregada a sus enemigos. La reina de Francia casaba a su hija Catalina con Enrique de Inglaterra... Y no sólo eso... El niño que naciera de este matrimonio heredaría los dos países: Inglaterra y Francia, y esto se prolongaría a sus sucesores para siempre.

Relator 2: Por esto, en París el pueblo rugía por las calles; saqueaban y robaban, incendiaban casas y asesinaban, sin que nadie les impidiese hacerlo. Nadie se atrevía a retirar a los muertos y darles sepultura, al contrario, eran abandonados en descomposición con riesgo que propagaran temibles plagas y epidemias.

Relator 3: Francia entera estaba postrada a merced de bandas de soldados mercenarios que habían servido a los ingleses y al partido borgoñón.

Fue durante esta época que vivió Juana de Arco.

ACTO 1

(Un paraje campestre. A un costado una gran encina)

Tibaldo: Sí, mis queridos vecinos; hoy todavía somos franceses, hoy todavía somos habitantes libres y dueños de este antiguo suelo que nuestros padres han labrado. Nadie sabe quién nos mandará mañana. Por todas partes los ingleses hacen ondear su victoriosa bandera sobre las campiñas de Francia. París les ha recibido ya triunfalmente, coronado al vástago de un trono extranjero. El nieto de nuestros reyes, desheredado, anda hoy errante como fugitivo por su propio reino. Es por esto, que con la ayuda de Dios, mientras aun pueda hacerlo, deseo casar a mis hijas honradamente...Pues la mujer en tiempos como los nuestros tiene mayor necesidad de un protector, y yo pienso que un amor fiel ayuda a soportar todas las cargas. ¡Vamos hijas mías, acérquense!

(Margot y Louison se acercan con sus pretendientes. Juana queda separada del grupo)

Tibaldo: Doy a cada una treinta acres de tierra, un establo, un corral y un rebaño...Dios me ha bendecido. ¡Ojalá os bendiga igualmente a vosotros!

(Margot se acerca a Juana tomándola del brazo)

Margot: Alegra tú también a tu padre; sigue nuestro ejemplo, y que este día pueda ver así formarse tres parejas felices.

Juana: Otro destino es el que se me ha entregado.

Louison: Durante toda nuestra infancia fuiste tú la criatura más alegre y risueña de la aldea; pero ahora huyes de nuestra compañía y vas en busca de las montañas desiertas y abandonas tu lecho antes que el gallo cante. ¿Qué vas a hacer a esas horas? Y ¿Por qué escoges siempre el lugar donde se encuentra el encino para llevar tu rebaño?

Juana: Es ahí, querida hermana, bajo el encino, donde los ángeles me hablan y me cuentan acerca de mi destino.

Tibaldo: Juana, tus dos hermanas se van a casar; ya son felices, y la contemplación de esa dicha alegra mi vejez, mientras que tú, la más joven de mis hijas, sólo me causa pesar y tristeza.

(Juana agacha la cabeza, mira hacia otro lado y no responde)

Raimundo: ¡Qué cosas tenéis! ¿Por qué reñís a vuestra hija?

Tibaldo: ¿Por qué? La pretendes tú Raimundo, un valiente y digno muchacho, con el que no se atrevería a compararse ningún otro en este país. (A Juana) Él te ha consagrado su corazón y tú sólo sabes responder a sus deseos con negativas. Ni uno solo de nuestros pastores hizo surgir en tus labios una sonrisa de agrado. Hoy te veo en el esplendor de tu juventud pero no me gusta ver tu corazón austero y helado que se encierra en estos bellos años de los sentimientos.

Raimundo: Dejadla, Tibaldo; dejadla obrar a su gusto. El amor de mi excelente Juana es un fruto celestial, noble y delicado, y tales tesoros deben ir madurando poco a poco.

Tibaldo: ¡Va! ¡Basta! Vamos a casa. Dejemos a Juana con sus locuras. Sólo nos queda rezar por ella y pedir que entre en razón, que no se quede sola, pues en la soledad el ángel Satanás se acercó al mismo Dios del Cielo.

Todos salen. Dejan a Juana sola. Camina hasta llegar al encino. Se pone de rodillas y junta sus manos en forma de plegaria. Aparece música celestial. Cerca de allí está su amigo y pretendiente Raimundo, que observa lo que sucede.

Juana: ¡Pero si soy tan joven! Demasiado joven para dejar a mi madre y mi hogar y llevar a cabo una empresa de tal magnitud. ¿Cómo podré ir yo a la guerra y

conducir un ejército, yo, una muchacha ignorante de todo eso, que nada sabe de armas? Pero en fin, si eso es lo que se me ordena... **(Rompe en sollozos)**

Raimundo: ¿estaré soñando? Trazaré una señal en la corteza de este árbol para saber si es o no un sueño. Cuando me despierte, regresaré a este lugar para comprobar si la marca sigue estando aquí. De este modo, sabré si esto fue cierto o fue una visión.

Juana oye a Raimundo, se limpia las lágrimas.

Juana: Raimundo, ¿estás aquí?

(Raimundo se santigua)

Raimundo: ¡Juana! Tengo algo maravilloso que contaros. No lo podéis ni imaginar. He tenido un sueño en el que os he visto muy cerca de aquí, junto a un árbol, y...

Juana: Eso no era un sueño.

Raimundo: ¿Cómo?...¿No era un sueño? Y... ¿Cómo lo sabéis, Juana?

Juana: ¿Estáis soñando ahora?

Raimundo: Yo...me parece que no...Creo que no.

Juana: Yo estoy segura de que no. Y no soñabais cuando hicisteis esa marca en el árbol. Venid conmigo y os contaré todo el misterio.

Raimundo: ¿Qué era esa maravillosa luz?

Juana: Era el resplandor de un arcángel, la luz no aparece sola, sino que viene acompañada con voces que hablan, son voces de los santos sobre un fondo de coro de ángeles. Esto sucede desde hace casi tres años.

Raimundo: ¿Y qué os dicen esas voces?

Juana: Muchas cosas. Se me ha comunicado que Francia sería rescatada volviendo a ser nuevamente libre, pero sólo hoy día se me ha aclarado quién habría de llevarlo a cabo. Dios me ha elegido a mí, la más indigna de sus criaturas, para conducir los ejércitos y rescatar a Francia, restableciendo la corona sobre el que ahora es el delfín y luego será el rey de Francia.

Raimundo: Pero Juana, vos sois sólo una niña ¿Cómo vais a conducir los ejércitos? ¡Los soldados no os obedecerán!

Juana: Eso es lo que se me ha encomendado y he de cumplirlo.

Viene entrando Beltrán. Detrás lo sigue Tibaldo.

Raimundo: ¡Mira Juana! Ahí se acerca Beltrán y tu padre. ¿Qué noticias nos traes de la ciudad, Beltrán?

Beltrán: ¿Os asombráis todos al verme con este extraño adorno?

Tibaldo: En efecto; decidnos: ¿Cómo traéis ese yelmo, y qué significa ese símbolo de discordia que traéis a nuestros tranquilos valles?

Juana se aproxima y escucha con atención.

Beltrán: Resulta que me hallaba en Vaucouleurs, comprando cosas de hierro cuando legiones de huidos acababan de llegar de Orleans con muy malas noticias de guerra. Cuando yo pretendía abrimme paso entre la multitud desesperada que escuchaba las malas noticias, me abordó una gitana con este casco intentando vendérmelo. Le dije que no lo necesitaba y seguí mi camino. Ella me siguió, colocó el yelmo en mis manos y desapareció entre la multitud.

Juana: ¡Dadme ese yelmo! (intenta quitarle el yelmo de las manos a Beltrán)

Beltrán: ¿Qué vais a hacer con este objeto? Eso no es un adorno para la cabeza de una doncella.

Juana: (Cogiendo violentamente el yelmo) Os digo que ese yelmo es mío; me pertenece.

Tibaldo: ¿Qué le pasa a esta muchacha?

Raimundo: dejad que haga su voluntad. Ese adorno guerrero va bien a vuestra hija, pues su pecho contiene un corazón viril. Pensad cómo ella sola, la doncella del corazón de león, se atrevió a enfrentarse con el animal feroz y arrancó de sus fauces sangrientas la oveja que ya se llevaba. Ninguno de nuestros pastores hubiese podido con él. Por valiente que sea la cabeza que cubre ese casco, no es posible que adorne otra más digna.

Tibaldo: (A Beltrán) Hablad. ¿Qué nuevos desastres nos vais a anunciar? ¿Qué os han contado aquellas bandas de fugitivos?

Beltrán: El enemigo se encuentra en el corazón de Francia, y todas nuestras provincias están perdidas hasta los límites del río Loira. Ahora es ante Orleans donde se concentran todas las fuerzas acumuladas.

Tibaldo: ¡Dios proteja al rey!

Beltrán: Por todas partes se ha preparado inmensa cantidad de artillería, así ha caído sobre las llanuras de Orleans una nube de pueblos distintos y abigarrados, cuyo campo ofrece una ininteligible confusión de todas las lenguas. El poderoso borgoñón ha juntado sus hombres con los de diferentes países, todos ellos unidos a la bandera del victorioso borgoñón, todos resueltos a sojuzgar a Orleans.

Tibaldo: ¡Oh discordia por siempre lamentable, que vuelve contra Francia las propias armas de Francia!

Beltrán: También a ella, la vieja reina de Francia, la soberbia Isabeau, también a ella se la ve recubierta de acero, cabalgando por el campamento, animando con sus discursos envenenados el odio de todos aquellos pueblos contra el hijo que ella misma ha llevado en sus entrañas, nuestro delfín.

Tibaldo: ¡Maldición sobre ella!

Beltrán: El temible Salsbury, derribador de murallas, conduce el asalto. A sus lados combaten Lionel y Talbot, cuya espada sangrienta ciega pueblos enteros en las batallas. Esos hombres arrogantes han jurado deshonar a todas las doncellas, hacer morir con la espada a todo aquel que haya tomado la espada.

Juana escucha con creciente avidez y se coloca el yelmo.

Tibaldo: Pero, ¿Qué hace el rey? ¿Presencia, acaso, ociosamente las calamidades de su reino, la ruina de sus provincias?

Beltrán: En Chinón, el rey ha establecido su corte. Un terror, que se podría considerar como una plaga de Dios, se ha apoderado de los más valientes. Según se cuenta, uno solo ha conseguido reunir una escasa tropa, y va al encuentro del rey al frente de dieciséis banderas.

Juana: (Con ardor) ¿Cómo se llama ese caballero?

Beltrán: Bandricourt.

Juana: ¿Dónde para el caballero? Decídmelo si lo sabéis.

Beltrán: Acampa a una jornada apenas de Vaucouleurs.

Tibaldo: (A Juana) ¿Qué te importa eso? ¿Y por qué informarte, doncella, de cosas que nada te interesan?

Beltrán: Porque el enemigo es tan poderoso y porque no es posible recibir del rey ningún socorro, han resuelto todos en Vaucouleurs rendirse al borgoñón. Hoy es el único medio de escapar al yugo del extranjero y conservar la antigua estirpe real.

Juana: (con entusiasmo) ¡Jamás; nada de tratados, nada de entregas! El salvador está próximo y ya se arma para el combate. Ante Orleans va a fracasar la buena suerte del enemigo. La medida está colmada, todo está maduro para la cosecha. Con su hoz viene la doncella que segará las simientes de su orgullo y precipitará su gloria del Cielo hasta donde lo han levantado. ¡No desesperéis! ¡No temáis! Pues antes que se doren las espigas, antes que llegue la luna llena, los corceles de Inglaterra habrán cesado de abrevar en las límpidas aguas del río Loira.

Beltrán: ¡Ay! El tiempo de los milagros ha pasado.

Juana: Aún hay milagros. Una blanca paloma tomará el vuelo y se abatirá cual águila audaz sobre esos buitres que asuelan la patria. Ella acabará con el borgoñón soberbio, traidor del reino; vencerá a Talbot y a Salisbury, y hará correr ante ella como un rebaño a todos esos feroces ingleses. Con ella estará el Señor, el Dios de las batallas, que elegirá para manifestarse a la más temerosa de sus criaturas y se glorificará en una débil doncella, pues Él es el Todopoderoso.

Tibaldo: ¿Qué demonio inspira a esa muchacha?

Raimundo: Es el yelmo, cuya influencia guerrera le ha ganado. Mirad a vuestra hija: su mirada brilla. Escuchad sus palabras. ¿De dónde saca ella tal inspiración? Tibaldo, Dios os ha hecho padre de una doncella predestinada.

Tibaldo: ¡Dios proteja a Francia y al rey! En cuanto a nosotros, pacíficos labradores, nosotros ignoramos el arte de manejar la espada y de domar un corcel; tratemos, pues, de resignarnos en silencio y someternos a la suerte que nos reserve la fortuna. La suerte de las batallas es juicio de Dios. Hijos míos, al trabajo, y pensemos solamente en lo inmediato.

Todos se alejan, menos Juana.

Juana

Adiós, montañas, queridos pastos,

Y vosotros, tranquilos valles, adiós.

Juana no volverá a pisar vuestros senderos,

Juana os dirige ahora su eterno adiós.

Praderas que regué, árboles que he plantado,

Seguid reverdeciendo alegremente.

Adiós, grutas y frescos manantiales,

Adiós, eco, voz dulce de este valle,
Que siempre replicaste a mis canciones;
Juana se aleja y nunca volverá.
Lugares todos de mis tranquilas dichas,
Os dejo y para siempre.
Dispersaos, ovejas, por la llanura;
Ya sois unos rebaños sin pastor.
Bien distintos rebaños guiaré ahora
Por los sangrientos pastos de los peligros.
Pues la voz del espíritu me llama,
No vanidad ni impulso terrenal;
A mí, Dios me habló en las ramas de aquel árbol, y así me dijo:
“Vete, y sobre la Tierra da mi testimonio.
Con rudo bronce tú ceñirás tus miembros,
Tu delicado pecho protegerá el acero;
Nunca el humano amor con sus culpables fuegos
Tenebrosos deseos despertará en tu pecho.
La corona de novia nunca ornará tus rizos;
Ningún hermoso niño florecerá en tu seno;
Pero entre las mujeres de la tierra
Te glorificaré con honores guerreros.
Porque cuando en la lucha flaquean los audaces,
Y ahora que se consuma el destino de Francia,
Ahora precisamente llevarás mi oriflama;
Cual veloz segadora que abate las espigas,

Tú segarás también al Vencedor Soberbio;
Tu mano detendrá así su fortuna,
Pues Yo te he destinado a salvar de la ruina
A estos heroicos hijos de Francia,
Para librar a Reims coronando a tu rey.”
Una señal del Cielo me había prometido;
Me envía el yelmo; éste viene de Él.
Con fuerza celestial me toca el hierro
Y el calor del querubín me inflama.
Quiere arrastrarme al tumulto guerrero,
Me empuja con la fuerza del vendaval;
Oigo cómo potente en mi interior resuena
La llamada del campo de batalla;
El corcel se encabrita; ya llama la trompeta. **(Juana sale).**

ACTO 2

Relator 1: El primer paso de Juana para poder acercarse al delfín Carlos era obtener una escolta de parte del Gobernador. Pero, el pueblo de Domremy ardía en rumores, ya que consideraban que Juana, con su conducta vergonzosa, los había desprestigiado. Por otra parte, día a día se difundía por todos los confines de Francia, la noticia de que había una joven enviada de Dios, dispuesta a salvar a su país de la presencia inglesa.

Relator 2: Las gentes sencillas se amontonaban ansiosas para ver a Juana y hablar con ella; en su pueblo de Domremy muchos jóvenes se mostraron deslumbrados por las noticias llegadas de Vaucouleur.

Finalmente el gobernador le proporciona la ayuda requerida y Juana se encamina, rodeada de una escolta y de sus amigos, a entrevistarse con el delfín Carlos.

Mientras tanto, el delfín Carlos se encuentra en la corte con Ana Sorel, su amada.

Carlos: (tomando la mano de Ana) Enjuga tus lágrimas, Ana mía. Al otro lado del Loira hay otra Francia, y nosotros bogamos hacia un país más afortunado. Ahí sonrío un cielo dulce y sin nubes; ahí se respiran tibias brizas; ahí, costumbres más amables van a recibirnos; allí reinan las canciones y florecen con más esplendor la vida y el amor.

Ana: ¡Oh día de desgracias y calamidades!, ¿Por qué te he conocido? El rey, empujado hacia el destierro; el hijo que abandona la casa de sus padres y vuelve la espalda a su cuna. Agradable país que dejamos, nunca nuestros pies volverán a pisar tu suelo alegremente.

(La Hire llega agitado)

Ana: (examinándole detenidamente) La Hire, ¿qué pasa? ¿Qué dicen vuestros ojos? ¿Algún nuevo desastre más?

La Hire: El cúmulo de desgracias se ha agotado; vuelve a brillar un rayo de sol.

Ana: ¡Cómo! Os lo ruego, explicaos.

La Hire: (Al rey) Ordena que sean llamados de nuevo los enviados de la ciudad de Orleans.

Carlos: ¿Por qué? ¿Qué sucede pues?

La Hire: Vuelve a llamarlos. Tu suerte ha cambiado. Ha tenido lugar una lucha de la que acabas de salir vencedor.

Ana: ¡Vencedor! ¡Oh celestial música la que esa palabra hace sonar en mis oídos!

Carlos: La Hire, una falsa noticia te hace desvariar. ¡Vencedor! Yo no creo ya en victorias.

La Hire: ¡Oh! Hay otros milagros en los que pronto tendrás que creer. ¡Ahí veo al arzobispo; trae a tus brazos al bastardo Dunois!

Ana: ¡Hermosa flor de la victoria, que da al instante sus frutos divinos: la paz y la concordia!

Entran a escena el Arzobispo de Reims, Dunois, du Chatel y tres caballeros con armadura.

Arzobispo: (Trayendo al rey, al bastardo y enlazando las manos de ambos) abrazaos, príncipes, y que todos vuestros resentimientos se calmen en lo sucesivo, pues el Cielo se aclara a favor vuestro. **(Dunois abraza al delfín Carlos)**

Carlos: Disipad lo más pronto posible mis dudas y mi asombro. ¿Qué significa esta solemne emoción? ¿Qué cosa ha podido traer un cambio tan rápido?

Arzobispo: (Dirigiendo los caballeros hacia el rey y presentándoselos).

Hablad

Caballero 1: Nosotros, el pueblo de Lorena, habíamos reclutado dieciséis banderas para venir en socorro de tu ejército, y habíamos elegido como jefe al caballero Bandricourt de Vaucouleurs. Acabábamos de llegar a la extensión de la llanura cuando de repente se nos presenta el enemigo; volvemos la cabeza y vemos brillar las armas detrás de nosotros. Estábamos rodeados por dos ejércitos y no teníamos esperanza alguna de vencer ni de huir.

Caballero 2: Los más valientes sienten que su valor flaquea, y nuestros hombres, desesperados, están a punto de abandonar las armas. Repentinamente, ¡oh milagro inaudito!, se presenta a nuestros ojos, saliendo del bosque, una doncella con la cabeza cubierta con un yelmo y semejante a la diosa de la guerra, al mismo tiempo bella y de terrible aspecto. Apenas se deja oír su voz, un resplandor que parece provenir del cielo ilumina la altura: “Valientes francos- dice- , ¿por qué vaciláis? ¡Al enemigo! ¡Aunque fuese más numeroso que las arenas del mar, adelante! Dios y la virgen santa os dirigen.”

Caballero3: A estas palabras, ella arranca el estandarte de las manos del abanderado, y valientemente, con paso atrevido, marcha a la cabeza de todos.

En cuanto a nosotros, mudos de asombro, como si nos arrastrase un involuntario hechizo, seguimos a la bandera y a la que la llevaba ante nuestras miradas y, sin dudarle más tiempo, nos precipitamos sobre el enemigo.

Caballero 1: Presas de estupor, inmóviles, nuestros adversarios se quedan un instante deslumbrados ante tal prodigio después, de pronto, como sobrecogidos por un terror divino, empiezan a huir, arrojando sus armas tras sí, y el ejército entero se desbanda por la llanura.

Caballero 2: Ninguna orden, ni la llamada de los jefes, pueden conseguir nada. Llenos de espanto, sin volver siquiera la cabeza, hombres y caballos caen al río y se dejan ahogar sin resistencia, y el combate degenera en una verdadera carnicería. En el mismo lugar quedan muertos dos mil enemigos, nada digo de los que se tragó el río...y de los nuestros...no fue echado de menos ni un solo hombre.

Carlos: Por el Cielo, esta es una cosa bien extraña, que parece un milagro.

Ana: Y, según decís, ¿Es una doncella la que ha realizado este prodigio? ¿De dónde venía? ¿Quién es?

Caballero 3: Quién es, sólo al rey quiere revelárselo: se tiene por una iluminada, por una profetisa enviada por Dios y habla de liberar a Orleans antes que esta luna haya pasado. El pueblo, lleno de fe en ella, se muestra ansioso de combatir. Ella sigue al ejército y va a estar aquí dentro de un instante. (Ruido de campanas en el exterior, entre chocar de armas.) ¿Oís esa muchedumbre, oís esas campanas? Es ella; el pueblo saluda a la enviada de Dios.

Carlos: (A un soldado) Que la conduzcan aquí. **(Al arzobispo)** ¿Qué pensar de tal acontecimiento? ¡Una doncella me trae la victoria, y esto cuando sólo el brazo de Dios era capaz de salvarme! Esto no es el curso normal de la naturaleza. ¿Puedo yo, arzobispo, creer en un milagro?

(Muchas voces detrás del escenario). ¡Viva la doncella! ¡Viva la que nos ha salvado!

Carlos: Ya viene. Dunois, ocupad mi sitio; vamos a probar a la muchacha dotada del don de los milagros. Si verdaderamente está inspirada, si verdaderamente es Dios quien nos la envía, ella sabrá reconocer al rey.

(Dunois se sienta. El rey permanece en pie a su derecha; a su lado se coloca Ana Sorel. El arzobispo y los demás se agrupan en frente, dejando libre el centro del escenario.)

(Juana, acompañada por los consejeros, se adelanta con dignidad y recorre su mirada sobre los asistentes)

Dunois: ¿Eres tú, milagrosa doncella?

Juana: (interrumpiéndole y mirando con gesto claro y altanero) Bastardo de Orleans, quieres tentar a Dios. Levántate y abandona ese puesto que no te pertenece, pues es hacia aquel, superior a ti, a quien yo soy enviada. **(Se adelanta resueltamente hacia el rey Carlos, inclina una rodilla en tierra y se levanta en seguida, dando un paso atrás. Señales de asombro general. Dunois se levanta de su asiento; se abren las filas en torno al rey)**

Carlos: me ves hoy por vez primera. ¿De dónde te viene tu ciencia?

Juana: Te he visto donde ninguno más que Dios te veía (**Acercándose al rey y con acento misterioso**). Una de estas últimas noches, concentra tus recuerdos, cuando todo dormía con profundo sueño a tu alrededor, tú te levantaste de tu lecho para dirigir a Dios una ferviente súplica. Aleja por un instante a toda esta gente y te diré el contenido de tu oración.

Carlos: No tengo motivo alguno para ocultar ante los hombres lo que yo confiaba al Cielo. Revela, pues, el contenido de mi oración, y entonces ya no dudaré más de que es Dios quien te inspira.

Juana: Eran tres las peticiones que hiciste. Ahora estate atento y mira a ver si mi boca es exacta, delfín. En primer lugar, tú le invocabas para que en el caso de que algún bien mal adquirido pesase sobre esta corona o algún crimen cometido en tiempos de tus antepasados, y que no hubiese recibido aún castigo, hubiese traído esta guerra lamentable, te tomase como única víctima expiatoria en lugar de tu pueblo, e hiciese caer sobre tu cabeza únicamente el furor de su cólera.

Carlos: (Retrocede espantado) ¿Quién eres tú, poderosa criatura? ¿De dónde vienes? (**Asombro general**)

Juana: Escucha ahora la segunda súplica que hiciste aquella noche al Cielo. Si era su decisión y voluntad el quitarle todo lo que los reyes tus padres poseyeron en este reino, sólo le pedías que te dejase tres únicos bienes: una conciencia tranquila, el corazón de tus amigos y el amor de tu Ana. (**El rey oculta su rostro y se echa a llorar fuertemente.; gran movimiento de asombro entre los presentes. Después de una pausa.**) ¿Te diré ahora cuál fue tu tercer deseo?

Carlos: Ya basta; creo en ti. Tu poder es sobrehumano; es Dios, el Altísimo, quien te envía.

Arzobispo: ¿Quién eres tú? ¿Qué país te vio nacer? ¿Cuáles son los padres que te han dado a luz?

Juana: Juana es mi nombre, venerable señor; nacida en tierras de mi rey en Domremy. Soy hija de un humilde pastor y mi niñez ha transcurrido cuidando los rebaños de mi padre. He oído que los ingleses quieren imponernos por la fuerza un amo extranjero, un amo que no quiere al pueblo y quiere adueñarse de todo el reino. Entonces supliqué a María, madre de Dios, que alejase de nosotros la vergüenza del yugo extranjero y que nos conservase a nuestro rey. Una noche, sentada bajo el encino milagroso, en piadoso recogimiento, de repente se me apareció la Santa Virgen que traía una espada y una bandera y además estaba vestida de pastora como yo. Fue allí donde me reveló que era YO la que debía liberar al pueblo francés del yugo extranjero. Se me apareció por tres noches

seguidas y en la tercera noche ella se quitó su vestido de pastora y yo tuve ante mis ojos a la reina del Cielo con todo el esplendor de su gloria. Vi el firmamento lleno de ángeles y entre ellos el arcángel Micael que me llenaba de fuerza y valor para cumplir con mi tarea.

Carlos: ¿He merecido, acaso, yo, culpable, tanta gracia? ¡Oh tú cuyo infalible ojo sabe penetrar en lo más profundo de mi ser y ves mi humildad!

Juana: La humildad de los grandes es bien vista en lo alto, tú te has humillado, Dios te ha ensalzado.

Carlos: Así pues, ¿yo podré resistir a mis enemigos? ¿Y tú dices que Orleans no se rendirá?

Juana: Traeré a tus pies a Francia entera.

Carlos: ¿Iré triunfante a Reims?

Juana: Yo te llevaré allí aunque sea a través de millones de enemigos.

Todos los caballeros, llenos de entusiasmo e impaciencia, agitan ruidosamente sus escudos y lanzas.

Juana: (al arzobispo) Venerable obispo, imponedme vuestras manos sagradas y bendecid a vuestra humilde hija. **(Juana se arrodilla y espera).**

Arzobispo: (con modo despectivo) Vienes aquí para distribuir bendiciones, no para recibirlas.

(Juana se levanta sorprendida, sin saber qué sucede)

Arzobispo: (dirigiéndose al rey) Vuestra alteza asegura que sus voces os han revelado, por boca de la doncella, un secreto que sólo vos y Dios conocíais. ¿Cómo podéis saber que sus voces no proceden del mismo Satanás? **(se produce silencio)** Es este un asunto peligroso, y su alteza hará bien en no seguir adelante sin calar hasta el fondo del asunto.

Carlos: ¿Qué crees tú que debiéramos hacer?

Arzobispo: Es preciso que se demuestre su veracidad. Llevadla ante el consejo de nobles sacerdotes y que ellos decidan.

Relator: Muchas horas costó a Juana, convencer a aquellos hombres de la iglesia y de la corte francesa. La importunaron y la abrumaron con preguntas y argumentos inoportunos pero nada lograron.

Relator: Finalmente se escuchó la música en la plaza y en todas partes un heraldo anunciaba la lectura de una proclama del rey.

(Música. Entra el heraldo)

Heraldo: sabedlo todos y obrad en consecuencia, que el muy alto y muy ilustre Carlos, el delfín, por la gracia de Dios, ha tenido a bien conferir a su muy amada servidora, Juana de Arco, llamada la doncella, el título, mando y dignidades de general en jefe de los ejércitos de Francia.

Multitud: ¡Viva!, ¡Viva!, ¡Viva!

ACTO 3

Escena 1

Música

(Juana se está armando con la armadura chapada en plata)

Soldado 1: Doncella, aquí te traigo la espada que pediste, la que estaba enterrada en el cementerio de Santa Catalina. Tiene las tres lises de oro grabadas en la hoja, como tú lo dijiste.

(Juana toma la espada, la observa y la acepta)

Juana: ¿Está listo el estandarte?

Soldado 2: Aquí está doncella. Es blanco, bordeado con una franja roja, y tiene a la Virgen y al niño, como tú lo pediste.

Juana: fue así como se me apareció la Santa Madre.

Escena 2

Relator: Mientras tanto, en los cuarteles ingleses, los caballeros e Isabeau, la madre del delfín, que estaba a favor de Inglaterra, discuten acerca de qué hacer.

Isabeau: Hemos perdido una batalla, jefes; la suerte ha estado en contra nuestra; pero nuestro noble valor no se deje abatir. El delfín Carlos, desesperado por obtener ayuda del Cielo, invoca las artes de Satanás. Nada importa que labre su condenación y que incluso el infierno sea capaz de salvarle. Una victoriosa doncella guía al ejército enemigo; pues bien: yo quiero, por mi parte, dirigir el vuestro y ocupar el lugar de doncella y profetisa.

Lionel: Volveos a París, madama; con buenas armas, y no con mujeres, pretendemos vencer nosotros.

Talbot: Marchad, marchad; desde que vos estáis en el campamento, todo camina al revés y no hay ninguna bendición sobre nuestras armas.

Duque de Borgoña: Marchad; vuestra presencia no produce aquí nada bueno, y vuestra vista indigna al soldado.

Isabeau: (Mirando a uno tras otro con asombro). ¿También vos, borgoñón, compartís la ingratitud de esos lores hacia mí?

Talbot: Marchad, marchad con Dios, madama. En cuanto a nosotros, una vez que os hayáis alejado, nada tendremos que temer al diablo.

Isabeau: ¿No soy yo, acaso, vuestra aliada fiel? ¿Ha dejado de ser vuestra causa la mía?

Talbot: No lo sé; más, hablándoos francamente, vuestra conducta para con el delfín, vuestro hijo, ofende igualmente a Dios y a los hombres.

Isabeau: Y ojalá la maldición del Cielo le llegue hasta las entrañas, pues él ha sido un criminal conmigo, que soy su madre. Vosotros no sabéis, almas débiles, lo que puede el corazón de una madre ofendida. Vosotros no valéis más que para que manejar la espada. **(Sale)**

Talbot: ¡Qué mujer!

Lionel: Ahora, vuestro parecer, señores. ¿Vamos a seguir huyendo o vamos a volvernos para borrar con un golpe audaz la vergüenza de esta jornada?

Duque de Borgoña: Somos demasiado débiles; nuestros pueblos están dispersos, y está demasiado reciente el terror que se ha apoderado del ejército.

Talbot: Un terror ciego, solamente la súbita impresión del momento, creo es todo el secreto de nuestra derrota. Visto de cerca, ese fantasma de una asustada imaginación se reducirá a nada. Por eso, mi opinión es que al despuntar el alba volvamos a pasar el río y marchemos hacia el enemigo...

(Se retiran de la escena)

Escena 3

(Aparece Juana con el ejército francés. Se van acercando hacia el territorio donde se encontraban los enemigos)

Soldado 1: ¡Al fin, el ejército francés ha llegado a ser una realidad!

Soldado 2: ¡Este es un acontecimiento grandioso e imponente! Mira a Juana; va a la cabeza del ejército, con su espada y su estandarte, seguida por esta interminable columna de soldados.

La Hire: (A Dunois) No creo que sea correcta la intención de Juana de avanzar audazmente sobre Orleans por la Riviera norte del río Loira y así combatir levantando inmediatamente el asedio a Orleans.

Dunois: ¿Crees tener una mejor idea, La Hire?

La Hire: La idea que habíamos discutido previamente con los demás generales; sitiar a los sitiadores, someterlos al hambre.

Dunois: Pero eso requeriría meses de espera.

La Hire: debemos engañar a Juana. Ella ha puesto la confianza en nosotros y somos los que sabemos de batallas. Sabemos que su plan es muy peligroso. Vamos, desviémonos por aquí. **(Dunois lo sigue y así todos los demás, incluyendo a Juana)**

Juana: (A Dunois) ¿Por qué vinimos por este camino? ¿Sois vos quien aconsejó que nos trajeran por este lado del río, en lugar de marchar directo contra Talbot y los ingleses?

Dunois: (Titubeante) El consejo y yo consideramos que razones imperativas militares nos obligaban a dar estas instrucciones.

Juana: En el nombre de Dios, el consejo de mi Señor es más seguro y más sabio que el vuestro. Pensasteis engañarme a mí, pero os habéis engañado a vosotros mismos, porque yo os traigo la mejor ayuda... porque es la ayuda de Dios. ¿Veis aquí al ejército?

Dunois: Sí

Juana: Pues, bien, en nombre de Dios, ¿tiene alguna utilidad el ejército en este lado del río? Y sabiendo esto, tuvisteis la audacia de desobedecer mis órdenes? Explícame de qué manera el ejército ha de llegar hasta el otro lado del río.

Dunois: La única manera de corregir lo hecho será hacer retroceder al ejército y luego tomar el camino que vos habéis propuesto.

Juana: Así lo haremos.

(Dan media vuelta y toman el camino hacia el otro lado del río)

Juana: (a los caballeros que la rodean y mientras continúa el desfile) ¡Hemos atravesado las defensas; ya estamos en el campamento! Abandonad ahora la máscara nocturna que os cubría, y dad a conocer vuestra presencia al enemigo aterrorizado con el grito de: “¡Dios y la Doncella!”

Todos: (Gritando entre brusco ruido de armas) ¡Dios y la Doncella! **(Tambores y trompetas)**

Centinelas: (detrás del escenario) ¡Enemigos! ¡Enemigos! ¡Enemigos!

Juana: Ahora las antorchas: prended fuego a las tiendas. Que el furor de las llamas aumente el espanto, y que la muerte los enlace con una red vengadora. **(Los soldados se aprestan a seguir sus órdenes; ella se dispone a seguirlos)**

Dunois: (deteniéndola) ¡Tu deber ya está cumplido, Juana! Tú nos has traído al medio del campamento; deja ahora al enemigo en nuestras manos. A ti te corresponde ahora quedar fuera del campo de batalla: deja a nosotros la decisión sangrienta.

La Hire: Indica al ejército el camino de la victoria, que tu casta mano agite ante nosotros la bandera; pero tú misma renuncia a coger la espada homicida y no tientes al dios de las batallas, pues es ciego y no tiene miramientos.

Juana: ¿Quién podría detener mi camino, dictar leyes al espíritu que me guía? Donde el peligro se halle, Juana debe estar. Permaneced tranquilos; no es hoy, no es aquí donde yo he de perecer. Antes tengo que ver la corona colocada de nuevo en la frente de mi delfín, y ningún adversario me quitará la vida antes que yo haya realizado lo que Dios me ha encomendado. **(Sale)**

La Hire: Venid, Dunois. Corramos tras de la heroína y hagamos una fortaleza con nuestro cuerpos. **(Salen)**

(Soldados ingleses huyendo a través del escenario; después Talbot)

Soldado 1: ¡La Doncella está en medio de nuestro campamento!

Soldado 2: ¡Imposible! ¡Nunca! ¿Cómo puede haber llegado al campamento?

Soldado 3: Por el aire. El diablo es su ayudante.

Soldados 4 y 5: ¡Huid! ¡Huid! ¡Estamos todos perdidos! **(Salen)**

Talbot: (Apareciendo) ¡No me escuchan! ¡Imposible detenerlos! Todos los lazos de la obediencia están rotos. Como si el infierno hubiese vomitado sus malditas legiones, el valiente y el cobarde, confundidos, echan a correr impulsados por el mismo vértigo. ¿Quién es, pues, esa invencible, esa diosa del espanto, que altera de un manotazo la fortuna de los combates y convierte en leones a un tímido ejército de cobardes ciervos? ¿Es posible que una farsante disfrazada de heroína asuste a los verdaderos héroes? ¿Podrá una mujer arrebatarme la fama de mis victorias?

Soldado: (precipitadamente) ¡La Doncella! ¡Huid, huid, General!

Talbot: (Derribándole) ¡Huye tú a los infiernos, miserable, y que todo aquel que se atreva a hablarme de huida y de cobarde terror caiga bajo esta espada! **(Sale)**

(Entran soldados franceses)

Soldado 1: ¡La batalla fue ganada!

Soldado 2: ¡El asedio de Orleans terminó! ¡Francia está en camino de su libertad!

Todos los soldados: ¡Larga vida a la Doncella! ¡Viva Juana! ¡Viva! ¡Viva Francia!
¡Viva!

ACTO 4

Escena 1

Relator: Por fin las promesas de Juana se convirtieron en realidad. Comenzó en Orleans para terminar en Patay. Fue la más breve y desconcertante de las campañas conocidas por la historia; Sólo siete semanas bastaron a Juana para cambiar el curso de la guerra. Por fin el delfín Carlos puede ser coronado rey de Francia.

(El rey saliendo de la iglesia, revestido con los ornamentos de la coronación; Ana, el arzobispo, Dunois, La Hire, caballeros cortesanos y pueblo)

Todos: (gritando repetidamente mientras avanza el rey.) ¡Viva el rey! ¡Viva Carlos séptimo! **(Las trompetas resuenan. A una seña del rey, los heraldos levantan sus bastones y ordenan silencio.)**

Carlos: ¡Mi buen pueblo! Gracias por vuestro amor. La corona que Dios vuelve a colocar sobre nuestra cabeza fue reconquistada por la gloria y teñida con la sangre noble de la nación; que, en lo sucesivo, el olivo de la paz enlace a su alrededor sus verdes ramas; gracias para todos aquellos que han luchado con nosotros; para todos aquellos que nos han combatido, perdón, pues la gracia de Dios ha caído sobre nosotros, y nuestra primera palabra real será...clemencia...

Pueblo: ¡Viva el rey! ¡Viva Carlos el Bueno!

Carlos: Sólo de Dios, el Dueño todopoderoso, han recibido los reyes de Francia su corona; pero de una manera más visible aún, nos la hemos recibido de su mano. **(Volviéndose hacia la Doncella).** Ahí está la enviada de Dios que os ha devuelto al rey de vuestros antepasados y rompió el yugo de la tiranía extranjera. Que su nombre sea para nosotros sagrado, y que un altar se eleve en su honor.

Pueblo: ¡Viva la Doncella! ¡Viva la que nos ha salvado! **(trompetas. Juana está de pie con su estandarte en la mano)**

(El rey y su séquito se retiran. Juana sigue también)

Escena 2

(En el interior del castillo)

Juana: Noble rey, ya se ha cumplido la voluntad de Dios. La misión que se me encomendó, ya está acabada. Concededme permiso para dejar el ejército y volver a mi pueblo. No puedo quedarme, tengo necesidad de aire, de libertad, de espacio. Me parecía haber visto como en sueños a mis tiernas hermanas que se deslizaban ante mí. ¡Hay visión desconsoladora! Ellas están lejos, bien lejos de mí, como los felices días de mi infancia y de mi inocencia.

Carlos: ¿No te lo debo todo, augusta doncella? ¿Podías tú haber cumplido tu palabra más noblemente? En un abrir y cerrar de ojos, gracias a ti, mi destino ha cambiado. Tú me reconcilias con mis amigos; tú reduces a polvo a mis enemigos; tú arrancas mis ciudades del yugo extranjero; tu sola has hecho todo. Habla: ¿cómo puedo recompensarte?

Juana: (de rodillas) ¡Oh noble y gentil Rey! Sólo os pido que mi aldea, vea reducidos sus impuestos.

Carlos: Ya está concedido. Pedidme otra cosa.

Juana: Sólo deseo volver a mi pueblo y lo que ya me habéis concedido.

Carlos: ¡Oh gentil doncella, os ruego que sigáis al frente de mi ejército y que no renunciéis a vuestro cargo!

Juana: Mi gentil rey, no insistáis, pues mi anhelo más ferviente es regresar a mi hogar.

Carlos: Será como vos queráis...

Soldado 1: Su excelencia, los ingleses están atacando de nuevo.

Soldado 2: (Dirigiéndose a Juana) ¡Vamos doncella, no hay tiempo que perder!

(Los soldados toman a Juana del brazo y salen con ella. Juana los sigue pero se queda mirando hacia atrás, al rey.)

Relator: Ahora debía marchar sobre París. Pero no fue apoyada, ni acompañada por el rey y debió retirarse. En el camino de regreso Juana iba con un pequeño grupo de soldados franceses y fue sorprendida por Isabeau y sus soldados ingleses.

Soldados franceses: ¡Desgraciados de nosotros! ¡Los ingleses! **(Huyen y Juana queda sola delante de los soldados franceses)**

(Los soldados ingleses se aproximan, ven a Juana y retroceden espantados)

Isabeau: ¡vamos! ¿Por qué se detienen ahora?

Soldados I: ¡Dios nos asista!

Isabeau: ¿Se os ha aparecido algún fantasma? ¿Sois unos soldados? ¿Qué pasa? **(atraviesa el grupo, se aproxima y retrocede al ver a la doncella)** ¿Qué veo? ¡Ah! **(recobrándose y dirigiéndose resueltamente hacia Juana)** ¡Ríndete: eres mi prisionera! (a los soldados) ¡Que la carguen de cadenas! **(Los soldados se aproximan a la doncella con reserva; Juana les tiende los brazos. La encadenan.)** ¿Es esa la temible guerrera, aquella heroína formidable que dispersaba vuestras filas como rebaños y hoy no sabe defenderse a sí misma? ¿Dónde están tus caballeros protectores?

Juana: No me preguntes. Estoy en tu poder. Decide mi suerte.

Isabeau: Llevadla al campamento. Mostrad al ejército este espantajo, objeto de tantas alarmas. ¡Ella, una hechicera! Toda su hechicería fue vuestra ilusión y vuestra cobardía. Una loca más que se ha sacrificado por su rey y que recibe en este momento la real recompensa de su sacrificio. Apresuraos a llevársela al

obispo Cauchón para presentarla al Tribunal de la Inquisición y acusarla de crímenes contra la religión.

(Los soldados salen con Juana)

ACTO 5

(Ante el tribunal de la Inquisición)

Juez 1: ¡Traed a la acusada! **(Aparece Juana con dos guardias)** En el nombre de nuestro Señor, ¿Juráis con la mano en los evangelios, que responderéis con la verdad, a todas las preguntas que se os hagan?

Juana: Juro decir la verdad, sólo la verdad y nada más que la verdad. En Francia me llaman Juana, en mi pueblo, me llaman Jeannette.

Juez 2: Decidme Juana, ¿cuándo oísteis las voces por primera vez?

Juana: Cuando tenía trece años y me asusté mucho. Me encontraba en el jardín de mi casa y era verano.

Juez 3: ¿De qué dirección venían las voces?

Juana: Desde la iglesia.

Juez 1: ¿Y qué consejo os dio?

Juana: Que deje mi aldea y vaya a salvar a Francia.

Juez 2: ¿Y cómo ibais vestida cuando comenzó vuestra misión?

Juana: Llevaba un traje de soldado y una espada.

Obispo: Juana, si os lo permitiera, ¿dejaríais de vestir ropajes masculinos? **(Juana niega con la cabeza)**... Entonces... ¿preferís vestir como un hombre antes que ayudar a Misa? Esas ropas descaradas, abominables a los ojos de Dios, ¡Sois una criatura de Satán! Preparad la cámara de Torturas.**(sale un soldado como a preparar la cámara de torturas)**

Pueblo 1: Realmente parece hija de Dios, ¿verdad?

Obispo: Mirad a vuestros jueces. ¿No veis que estos sabios doctores son más juiciosos que vos?

Juana: ¡Pero Dios es más sabio!

Obispo: Decid, Juana, ¿os encontráis en estado de Gracia?

Juana: (después de un silencio) Si no estoy en Gracia de Dios, le ruego a Él que me la otorgue, y si lo estoy, entonces le pido que me la conserve.

Pueblo 2: ¿De dónde le viene la inspiración a esta criatura?

Obispo: Entonces, ¿a quién pertenecía la primera voz que os habló a los trece años?

Juana: A San Miguel; lo vi con mis ojos y estaba rodeado de otros ángeles.

Obispo: ¿Visteis el cuerpo o el espíritu del Arcángel?

Juana: Lo vi, lo mismo que os veo a vos.

Obispo: ¿Y en qué forma se os mostró San Miguel? **(con tono irónico)** ¿Cómo eran sus ropajes, usaba joyas?

Juana: Eso no puedo responderos.

Juez 3: Escuchad, Juana, sabemos que vuestras visiones no provienen de Dios sino del Diablo. ¿Cómo distinguís un ángel bueno de un ángel malo? ¡Os habéis postrado ante Satanás, no ante San Miguel! ¿No veis que es el Diablo quien ha entrado en vuestro corazón? ¡Es el Diablo quien os ha engañado y traicionado!

Obispo: ¡Creo que está lista para abjurar! La Iglesia os abre sus brazos pero si los rechazáis, la Iglesia os abandonará y estaréis sola, ¡sola!, sí, sola.

Juana: ¡Sola con Dios! Incluso si separáis mi alma de mi cuerpo, no confesaré nada. Y si confesara, después diré que me obligasteis a ello.

Juez 1: ¿Aceptaríais someter el dictamen de la Iglesia, todas vuestras palabras y hechos?

Juana: Fui enviada por la Iglesia Triunfante: por Dios, los santos y los ángeles, y sólo ella podrá juzgar mis actos. Para la Iglesia militante no tengo ninguna otra respuesta.

(Todos salen. Juana es tomada por unos soldados y llevada fuera de la sala)

Relator 1: Meses llevaba Juana encerrada, encadenada y sin ver la luz del sol. Sólo salía de su celda para enfrentarse a los inquisidores, en aquel largo y angustioso proceso.

Relator 2: pero Juana tenía una fuerza sobrenatural, que la ayudaba a mantenerse fiel a sus principios y a la verdad.

(Vuelven a entrar Juana, el obispo, los jueces y el pueblo)

Obispo: ¿Creéis que nadie puede juzgaros en la Tierra, ni siquiera el Santo Padre?

Juana: Mi maestro es el buen Jesús y sólo a Él me someteré.

Obispo: ¡Si no os sometéis a la disciplina de la Iglesia, este tribunal os considerará hereje y seréis quemada en la hoguera!

Juana: ¡No hablaré más de lo que haya dicho! **(Se oscurece el escenario, sólo Juana se ve iluminada)** Anoche por tercera vez en un año, soñé con el árbol de las hadas y eso significa que mi muerte está cerca.

Juez 2: Poneos de pie para escuchar la sentencia.

Juez 3: Juana de Arco, este Santo Tribunal os declara: ¡culpable de herejía y de brujería, de mantener relación con el Diablo, de ser invocadora de malos espíritus, de blasfemar contra Dios y los ángeles; de estar ansiosa de verter sangre humana, de rebelde y perturbadora de la paz; de uso irreverente de ropa masculina y de ignorar la Fe cristiana, de ser cruel, malvada y enviada de Satanás. Por esto, ¡Habéis sido condenada a morir quemada en la hoguera!

Pueblo 1: ¡Quemarán a la bruja francesa!

Pueblo 2: ¡Sí, lo harán!

(Se ve a Juana subir a la pira acompañada de dos guardias y un sacerdote, se instala y prenden fuego)

Obispo: ¡Arrepentíos Juana!

Juana: ¡Muero por vuestra culpa! ¡Traedme una cruz!

(Un guardia saca dos palos de la pira, arma una cruz y se la entrega; y entre rezos y cánticos del pueblo, fue envuelta en una ola de fuego, desapareciendo para siempre)

Guardia: Acabamos de quemar a una santa.

FIN